

Regia Solis erat sublimibus alta columnis,
Clara micante auro, flammasque imitante pyropo;
Cujus ebur nitidum fastigia summa tenebat :
Argenti bifores radiabant lumine valvae.
Materiam superabat opus

En el pavimento se veían dibujados los mares, continentes, lagos é islas que forman la superficie del globo terráqueo. La república mexicana se estendía desde la zona tórrida hasta casi tocar con la frígida, bañadas sus dos costas por el Atlántico y el Pacífico: cordilleras altísimas, profundos valles presentaban por donde quiera, terrenos vírgenes, que solo esperaban la mano del cultivador para proveerlo de frutos en tanta abundancia, que sobrarian con mucho exceso para sustentar una población cuádruple de la que ecsiste. El hombre pensador y patriota, no podía menos de conmoverse al ecsaminar en su verdadero punto de vista el aspecto físico de nuestro suelo, y preguntarse con admiración: ¿por qué no somos tan felices, ó por mejor decir, por qué somos desgraciados, cuando debíamos ser sumamente dichosos, teniendo tantos y tan escelentes elementos para serlo? Pero ¡ah! él mismo se daba esta triste respuesta tomada de Virgilio:

.....¡En quo discordia cives
Perduxit miseros!.....

He aquí el resultado de nuestras revoluciones. ¡Qué cargo tan grande tienen de que responder ante Dios y los hombres los que las han promovido, y mas que estos, los gobernantes que no las hayan sabido precaver, y mucho mas cuando con sus aberraciones han dado lugar á ellas!

En el cielo del salon se encontraban dibujados el zodiaco, y las constelaciones boreales y australes á un lado y á otro. Servía de candil el carro del Sol que ocupaba el medio del cielo, el que por eso no se hallaba en el patio con los demas, y como ya pasamos del día 20 de Mayo, estaba colocado de manera que correspondía al signo de *Geminis*, encaminándose al de *Cáncer*. Este debía ser, dije entre



Litog. de Cumpido.

Que Júpiter con sus rayos los arrojara de cabeza al lago de Texcoco.

mí, nuestro signo favorito, y jamás el sol que nos alumbra debería salir de él, pues siempre caminamos como cangrejos para atrás, para atrás, y ni una línea hácia adelante. Ya se supondrá que la luz del carro del Sol era suficiente para iluminar el salón con mayor claridad que la que hubo en esta capital á las doce del día 18 del presente mes, que pasó el sol por su zenit.

Los rayos de ese planeta me hubieran reducido á cenizas, si préviamente no me hubiera unguido Mercurio la cara con aquel mismo unguento con que ungió Febo á su hijo Faetonte, cuando tuvo la temeridad de meterse á dirigir al carro de su padre. Esa temeridad la vemos imitada en pequeño en todos los tiempos y naciones; pues toman las riendas de los gobiernos unos funcionarios tan ineptos para dirigirlos bien, como Faetonte para gobernar el carro del Sol. ¡Qué bueno sería que para escarmiento general, tuvieran todos los gobernantes ineptos la propia suerte que aquel jóven atrevido! ¡Que Júpiter con sus rayos los arrojara de cabeza al caudaloso Eridano, ó aunque fuera al lago de Texcoco!

Cuando entramos al salón estaban ya ocupados los asientos por todos los dioses superiores, y los inferiores juntamente con los génius y semi-dioses ocupaban las galerías. En una de estas me colocó Mercurio en asiento delantero, habiendo quitado para que yo me sentara, á un semi-dios que ocupaba el asiento que se me dió. ¡Qué hay en esto que admirar cuando así lo ecsige la utilidad pública? Era preciso que hubiera un festigo humano de lo que pasaba en el congreso divino, y por lo mismo era yo parte principalísima de la concurrencia, y debia ser mas atendido que los mismos semi-dioses y génius. ¡No vemos acá en el mundo que cuando lo ecsige la utilidad pública, *entra de la calle*, como vulgarmente se dice, un individuo, cuyos méritos y aptitud nadie sabe, á *soplarse con sus manos lavadas y aun sucias*, un buen empleo en una oficina y tal vez á ser su gefe? ¡No vemos generales que ayer eran paisanos, so-

breponerse de un salto á militares viejos? Pues otro tanto hizo Júpiter conmigo.

Me acomodé bien en mi lugar, y esperaba con ansia que comenzara la sesion, cuya apertura se habia dilatado, porque se esperaba á Mercurio, que era uno de los secretarios, siendo el otro Apolo. Luego que llegó el primero, ocupó una riquísima silla que estaba á la cabecera de una mesa colocada en el centro del salon, construido en figura de semicírculo. La mesa era de una pieza, formada de un solo rubí: en la cabecera opuesta se hallaba sentado Apolo, y sobre la mesa estaba el libro de los destinos, que es el código de los dioses. Detras de la mesa habia un sitial de oro purísimo y brillantes que resplandecian, heridos con los rayos del carro del Sol, de manera, que podia decirse que formaban un parelio. Una hermosísima nube componia el dosel, orlada por un arco-iris muy vistoso. En ese sitial se hallaba sentado el padre Júpiter, el que luego que vió que estaba completa la reunion con la llegada de Mercurio, tocó una campanilla sonora y dijo con voz grave: *Se abre la sesion.* Un silencio profundo reinó en todos los circunstantes, y Jove pronunció este discurso.

“Altas y poderosas divinidades. Bien sabeis que si en todo el antiguo continente recibimos adoraciones en los tiempos pasados bajo nuestros propios nombres, nos las tributaron acaso mayores, aunque bajo otros, los habitantes de la república mexicana antes que los españoles se apoderasen de su territorio. Mi padre Saturno era adorado con el nombre de *Quetzalcoatl*, yo con el de *Tezcatlipoca*; *Tonatiuh* y *Metzli*, eran el Sol y la Luna; *Tloloc*, Neptuno; *Centeotz*, Ceres; *Mictlantenotli* y *Mictlancihuatl*, Pluton y Proserpina; *Huitzilopochtli*, Marte; *Jocatenctli*, Mercurio; *Mixcoatl*, Diana; *Tezcatzoncatl*, Baco; *Macuiljochiquetzatli*, Venus; *Teteoinam*, Cibeles; en fin, todos nosotros éramos adorados bajo los nombres de doscientas setenta divinidades á que tributaban culto los mexicanos. Si bien ahora tanto entre éstos como en el antiguo mundo no ecisten nuestros templos y altares, tenemos siempre levantadas nuestras aras

en los corazones de los hombres, en donde nos ofrecen continuos sacrificios. ¿Qué otra cosa son las guerras injustas, sostenidas solo por el capricho de los gobernantes, sino sacrificios de víctimas humanas que se inmolan á Marte ó *Huitzilopochtli*? ¿Qué esos banquetes que comienzan en el crepúsculo de la tarde y concluyen á la mitad de la noche, sino sacrificios á Céres y á Baco? ¿Qué la corrupcion de las vírgenes, la infidelidad de los casados, la prostitucion de los jóvenes y aun de algunos hombres de edad proveyta, sino sacrificios á Venus y á Cupido? ¿Qué algunas fiestas públicas en que la lubricidad, el lujo inmoderado, juntamente con los juegos de azar son su principal objeto, sino unas bacanales, mezcladas con sacrificios á Pluto, dios de las riquezas? No hagamos caso de los nombres, y estemos á la sustancia de las cosas. Nosotros que tanto aborrecemos la ingratitud en los hombres, ¿incurriremos en ella dando un mal ejemplo á los mortales? Si ellos nos honran, ¿será justo que los abandonemos á la desgracia?

“Por otra parte, no ignorais que en el libro sagrado de los destinos está decretado que los mexicanos han de formar un pueblo grande é ilustre, que ofusque el esplendor de muchas naciones cultas de Europa, que hoy miran con desprecio á esta sociedad naciente. Con tal objeto, la madre naturaleza ha derramado con pródiga mano sus bienes en este suelo. Todos los climas, todos los temperamentos, toda clase de terrenos y de frutos, y aun muchos de estos que no se conocen en el mundo antiguo, y que nunca podrán allá reproducirse, se hallan con abundancia en esta república. ¿En qué consiste que no haya llegado á ese rango á que la destinan los hados? ¿Por qué no es feliz?

“Yo la he recorrido toda desde los desiertos desconocidos de Nuevo-México hasta Cabo Catoche en la península de Yucatan, y desde el Cabo de San Lúcas en California hasta la embocadura del rio Bravo en Tamaulipas, y en todas partes he encontrado pobreza, devastacion, guerras, descontento, y en una palabra, desdicha. Cuan-

do la república mexicana, despues de lograda su independencia, presentaba un aspecto encantador; cuando los progresos que tuvo en los cuatro primeros años que rigió en ella el sistema federal, hacian concébir las esperanzas mas lisonjeras de prosperidad, solo se encuentran hoy los vestigios de una retrogradacion demasiado rápida, que probablemente la conducirá á su ruina. Evitar ésta y elevar á este suelo á la sublime posicion que le ha sido decretada en el libro de los destinos, es el objeto que me ha obligado á reuniros en este lugar en la presente noche, á fin de que indaguemos las causas que hayan entorpecido los avances de la república en la carrera de la felicidad, y descubiertas que sean, procuremos aplicarles los remedios mas convenientes.—*Dije.*"

Minerva.—Pido la palabra.

Júpiter.—La tiene la diosa Minerva.

Minerva.—Altísimo y tonante Júpiter. No debia esperarse del padre de los dioses, sino que difundiera su infinita beneficencia sobre los míseros mortales. Grande, muy digno de su sabiduría es el objeto para que se ha servido reunirnos. ¿Quién no contribuirá á unas miras tan benéficas? Busquemos, pues, las causas de los males; porque inútil será pretender que se hallen los remedios, si aquellas no se conocen. Hagamos esa indagacion con toda imparcialidad, y veamos si en alguna parte ha dependido de nuestro poco cuidado, ó solamente del abuso que hayan hecho los mexicanos de nuestros dones. Saben muy bien las altas divinidades que me escuchan, que las virtudes ecsageradas en la práctica, se convierten en vicios. Si nosotros nos hemos escedido en nuestras inspiraciones, fácil es que las moderemos. Si los hombres han abusado de las justas y racionales que les háyamos comunicado, llamémoslos al órden regular de las cosas, y de ese modo obtendrémos el resultado que deseamos.

Momo.—Pido la palabra.

Júpiter.—Puede usar de ella el dios Momo.

Momo.—Ha hablado la diosa preopinante como un santo padre:

estoy conforme con sus ideas, y para que tengan todo el buen resultado que yo deseo, seria muy conveniente hacerles algunas adiciones. Yo, cuyo destino en el cielo es indagar y criticar las maldades de los hombres, y aun de vuestras altas divinidades, incluso las travesurillas del padre Júpiter, porque como dicen los mexicanos: *Tan bien lo vende so pato....*

Júpiter.—Órden, Sr. Momo, (y tocó muy recio la campanilla).

Momo.—Ahora sí que estoy fresco: si al principio del ecsordio de mi discurso se me toca la campanilla, ¿qué podré esperar para despues? ¿En qué he faltado al órden? ¿Por ventura Júpiter tonante ha aprendido política en México, en donde luego que empieza á hablar un pobre escritor al momento le tapan la boca?

Júpiter.—Bien puede vuestra divinidad hacerlo; pero guardando el respeto debido á este congreso.

Momo.—Con este permiso, continúo usando de la palabra. Puntualmente lo que acaba de suceder me da ocasion para notar un abuso de mucha trascendencia en que incurren frecuentemente los hombres. Cuando yo hablé, á nadie he injuriado, pues á nadie traté de adúltero, ladron, asesino, &c., lo único que hice fué decir una verdad innegable y constante de hecho en nuestra historia: á saber, que los dioses hemos tenido nuestras aberraciones. El conocimiento de esta verdad es muy necesario para indagar las causas de los males de que tratamos, y si nos desentendiéramos de ella, jamas podriamos conseguirlo. Hé aquí por lo que los gobiernos no pueden encontrar esas mismas causas. Un pobre escritor conoce que cierta cosa es un mal para la república: suda y se aconjoga para poder decirlo de un modo que no lastime á los funcionarios. Ya habla hipotéticamente, ya dice *que le parece*, que corre en el público la voz de que se trata de celebrar un contrato ruinoso, de que tal pension es demasiado gravosa para el público, de que tal contribucion es muy perjudicial á los comerciantes nacionales; que *seria bueno, que seria conveniente* que se evitara esta ó aquella medida.... ¿qué sucede? Todos los

periódicos ministeriales *una voce disentes*, comienzan á gritar como los muchachos en cierto juego: *préndanlo, préndanlo por traidor*: esto es faltar al respeto al gobierno, *desprestigiarlo*, manifestar miras revolucionarias, incitar al desorden, perturbar la tranquilidad pública, &c. &c., terminando el editorial con alguna amenaza, confirmada por un ¡¡¡vive Dios!!! escoltado de un regimiento de admiraciones á vanguardia y otro á retaguardia. ¿Habrá de este modo quien se atreva á proferir la verdad mas notoria? Y si no hay quien la diga, ¿llegará á oídos del gobierno? ¿Sabrá éste cuál es la opinion pública y la voluntad nacional?

Pues lo que reprobamos á los hombres ¿por qué hemos de practicarlo nosotros? Así que, soy de opinion que cada una de las deidades que componen esta divina asamblea, espongan francamente la conducta que haya observado con los mexicanos: yo, destinado como he dicho, para observar las aberraciones de los hombres y aun de los dioses, haré en seguida mis observaciones; con conocimiento de ellas se deducirá la proposicion que sea conveniente, bien para inspirar á los mexicanos una virtud, bien para quitarles algun vicio. Esas proposiciones se escribirán por uno de los celestiales secretarios, y servirán de base para la reforma de la república: yo creo que sin que nos calentemos mucho la cabeza, muy pocos artículos bastarán para que quede enteramente regenerada.

Júpiter mandó que Momo pusiese por escrito sus proposiciones. —Las puso en efecto: se discutieron. Fueron aprobadas por unanimidad, y continuó la discusion, en la que, como es debido, se pedia y concedia la palabra; por lo que omitiremos repeticiones, y solamente nombraremos á los interlocutores; pues si hablaban era ciertamente porque precedian aquellos trámites.

Minerva.—Mucho ha llamado mi atencion lo que ha espuesto el dios Momo: yo, que soy la diosa de la sabiduría, sé por esperiencia que no hay cosa que mas perjudique á las ciencias é impida sus progresos que la ocultacion de la verdad. ¿Cuanto no se detuvo el

curso de ellas por haber cerrado los ojos del entendimiento y aun los del cuerpo, á los argumentos invencibles y á los experimentos palpables, que se oponian á las doctrinas de los peripatéticos? ¿A qué guerras de religion no ha dado lugar el sostener máximas nacidas de la ignorancia y del error de la edad media? ¿Qué trastornos no han sufrido las naciones, y á qué desgracias no se han espuesto los mismos reyes y sus ministros y consejeros por haber reputado por blasfemias políticas ciertos principios, que hoy están elevados al rango de axiomas de los derechos natural y de gentes? Ninguna ciencia hay en que mas se necesite saber la verdad, que en la de gobernar á los pueblos. En ella es preciso atender, no solo á las verdades teóricas, sino á las de hecho. Muchas ocasiones las teorías que son excelentes para hacer feliz á un pueblo, harán á otro desgraciado. Así que, no basta calificar una máxima ó providencia de buena, sino que es preciso ecsaminar si choca con los genios, hábitos, usos y costumbres de los pueblos á que se aplica. Nunca podrá saberse lo que hay acerca de esto, si no se quieren oír esas verdades que podremos llamar prácticas. Los gobernantes por lo regular se creen infalibles, y de consiguiente están persuadidos de que cuanto disponen es lo que mas conviene á la sociedad, sin hacerse cargo de que son hombres y pueden equivocarse. De aquí es que reputan como un desacato cuanto de alguna manera se opone á sus disposiciones, y la pobre nacion, ó tiene que callar y sufrir, ó esponer á sus ciudadanos á que sean llamados traidores, enemigos del orden, &c. ¿Qué estado puede ser peor para una nacion, que aquel en que no le es lícito ni aun esponer la verdad tal como ella es? Creo que no necesito de esforzar mis reflexiones acerca de esto, porque la materia es tan clara, que basta lo espuesto para que vuestras divinidades queden plenamente convencidas de que sin una absoluta libertad de imprenta, es imposible que los pueblos sean bien gobernados; por lo mismo sujeto á la deliberacion de esta celestial asamblea, las siguientes proposiciones.

1ª “Será en la república mexicana absolutamente libre el uso de la prensa, con solo la escepcion de que no se ataque la vida privada de alguna persona.”

2ª “El hecho de publicar una verdad que tenga relacion con la administracion pública, no se reputará por delito, aunque en ella se toque la conducta de algun funcionario como tal: si al publicar esa verdad se hace en un estilo soez, se corregirá la falta de respeto por el modo de espresarse; mas nunca se hará un cargo por la sustancia de lo que se dice.”

3ª “La responsabilidad en cuanto á dicha sustancia, cuando en el impreso se contenga alguna calumnia, será esclusiva del que firme la responsiva, y nunca del impresor, ni de otras personas.”

Se pusieron á votacion estas proposiciones, y fueron aprobadas por unanimidad, y asentadas en pliego separado por los secretarios, con arreglo á la proposicion de Momo de que se habló arriba.

Marte.—Siempre he estimado, de preferencia á los mexicanos y les infundí mi espíritu marcial con mas profusion que á los macedones y á los romanos. No tengo ningun motivo para quejarme de ellos, pues han correspondido á mis marciales inspiraciones. El templo mas famoso en la antigua monarquía mexicana, era el que se levantó en mi honor en la plaza principal de la ciudad de México, y ocupaba el mismo lugar que hoy ocupa la Catedral, y aun algunas calles contiguas. Despues de la conquista se adormeció un poco ese espíritu á causa de la opresion en que vivian; pero esa misma opresion reanimó en sus pechos un valor heróico á toda prueba, que manifestaron en once años de lucha obstinada y sangrienta, que mantuvieron contra sus conquistadores, hasta lograr su independenciam. Posteriormente, siempre que se ha ofrecido la ocasion han manifestado que son dignos alumnos de Marte.

Momo.—¡Ojalá y solamente lo fueran cuando, como ha dicho el dios que me ha precedido en la palabra, se ofreciera la ocasion! Pero desgraciadamente no es así. En todos los gobiernos desde la inde-

pendencia acá, ha habido un furor de levantar tropa. Apenas habrá congreso en que no se encuentre una peticion del gobierno para levantar 20.000, 30.000, 60.000 hombres. Para la subsistencia de esa tropa se apuran los recursos de la nacion, y ésta sufre dos grandes males: el uno, que siendo su poblacion muy escasa, mientras mas brazos se emplean en las armas, menos hay para atender á la agricultura, á la industria y á la minería; el otro, que gravitan sobre los pueblos contribuciones, que acaso no pueden pagar sin arruinarse, para poder subvenir á los gastos del ejército, y aun esto no es bastante, sino que se malbaratan los bienes nacionales con objeto de sacar las enormes sumas que se necesitan anualmente. Véanse los mismos periódicos oficiales, y se encontrará por confesion del propio gobierno el *déficit* anual que resulta, y que necesariamente empeñará á la nacion hasta causarle su ruina. En mi humilde concepto, todos los gobiernos que han ecsistido en la república mexicana, se han propuesto por bases para su felicidad, las que solo pueden serlo de su destruccion. Parece, pues, que el programa de los gobiernos ha sido siempre levantar cuanta tropa se pueda, y sacar de la nacion cuanto dinero sea posible para mantenerla. Vosotras, altas deidades, sabeis muy bien que esa conducta ha sido la que ha arruinado los grandes imperios: ¿qué no deberá esperar la república mexicana? Yo seria de opinion de que fuera una base constitucional, el que no pudiera levantarse mas tropa que la muy necesaria para resguardar las costas y las fronteras, en donde deberia situarse la que lleva el nombre de permanente, y que en lo interior se establecieran gendarmes, alguaciles, esos que se llaman *aguilitas*, ó cualquiera otra clase de gentes con que mantener la seguridad personal, sin que pudiera aumentarse el ejército sino en caso de guerra estrangera, para la que los mismos congresos señalarian el aumento de tropa y los fondos de que habia de subsistir. Fuera de ese caso, está bien que el gobierno levante cuanta tropa quiera; pero tomándola precisamente del portal de Mercaderes ó de las velerías en que hay millones de soldaditos de